

El Rector Magnífico de la Universidad de Valladolid, pronunció el Pregón del Milenario del Conde Fernán González, el sábado, 15 de mayo, en el Teatro Avenida

Constituyó el acto un impresionante acontecimiento histórico-cultural
Asistieron las primeras Autoridades y gran cantidad de público

I

Un anónimo monje de San Pedro de Arlanza, que afilaba su pluma por los años centrales del siglo XIII, cuando ya Castilla, expansionándose, había abierto ventanas de jazmines y naranjos para asomarse a las bocas de Guadalquivir y al Mediterráneo, debió sentir, como nosotros, en esta hora, necesidad de reflexión acerca de esta tierra, suya y nuestra, «Castilla, la preciada». Y encontró su raíz en el legandario hijo de Munia-donna, el conde Fernán González, cuyo milenario apuramos en las últimas gotas. Ojalá Dios me diera a un tiempo la sabia prudencia del historiador y la palabra brillante del poeta para poder contaros, en esta noche, una de las más viejas y entrañables historias. Que no es la de un hombre sino la de una tierra y la de la sangre que circulando apresurada entre las venas de piedra, lodo y arena, sirvió de fundamento a esta grande, seria, formidable España. Porque «de toda España», dice mi viejo amigo el monje de San Pedro, «Castiella es lo mejor».

Nace el nombre de Castilla en las inmediaciones del año 800. El primer documento que le menciona, escrito por los mismos días en que Carlomagno viajaba hacia Roma para ser coronado

emperador, le refiere a una comarca muy restringida, los valles meridionales de los montes vasco-cantábricos. Su centro era Espinosa de los Monteros, sus avanzadas Villarcayo y Medina de Pomar. Pero no era una simple delimitación geográfica sino la vanguardia humana de una comunidad en marcha. Como muletas de un andar peligroso, las torres de madera, los castillos, los burgos, indicaban las etapas de un avance hecho de esfuerzo y lucha. Los musulmanes la veían igual que los cristianos y la llamaron al-Qilat, que quiere decir los castillos. Es la antigua Vardulia, «qui nunc vocitatur Castella», es el dinámico movimiento de los foramontanos «qui exierunt de Malagutia et venierunt ad Castellan».

Si alguien hubiera tenido el mágico poder de volar sobre las tierras de la meseta en estos años de albores del siglo IX, ¿qué hubiera visto? Los inmensos bosques, todavía con robledos y encinas, los pastos irregulares y las líneas paralelas de los ríos. País abierto, salvaje, insumiso a cualquier autoridad, habitado apenas por comunidades de pastores como aquellas que dejaban como huellas sus sepulcros en la provincia de Soria. El repliegue cristiano medio siglo antes, el fracaso de la colonización berberisca y la lejanía de las fortalezas musulmanas de la frontera hacían de lo que hoy llamamos Castilla una tierra de nadie, más fresca, nemorosa y brillante que en nuestros días, premio ofrecido para los valientes que, desde las montañas, la veían refulgir allá a lo lejos encandilando su esperanza.

Comenzó el movimiento de los montañeses, cántabros y vascos, godos y mozárabes. Como lenguas de glaciación descendieron a cubrir los valles «aprisionando» la tierra, cultivándola. Al paso de las generaciones mil historias de anónimo heroísmo fueron sepultadas bajo el «humus» de la historia general a fin de que naciese un pueblo. Eran siempre iguales y, para sus protagonistas, siempre distintas. Bajo las órdenes de un monje, como Vitulo el de Mona, o de un noble, como Nuño Núñez, el de Brañoseira, el pequeño grupo de familias aldeanas —unos bueyes, el arado romano, las azadas, la cama, la pequeña campana, el cáliz y el misal— buscaba el valle de asentamiento. Alzaba en él sus casas y corrales, construía una torre para vigilar y para colgar de ella la campana que habría de regular sus horas, hundía en el suelo el arado para abrir los generosos surcos y alzaba los ojos a Dios para pedirle, humilde y orgulloso a un tiempo, pero con fe profunda, la bendición de

la lluvia y el sol, el pan de cada día y la paz de los campos. A veces la lluvia no llegaba. A veces caían sobre el valle las aceifas de moros. Y entonces, con dolor y con lágrimas, había que volver a empezar. Pero en esta lucha, en que los ancestrales castellanos —crisol de pueblos recios si los hubo, vascos, cántabros, astures celtiberos y godos— jugaban a la arena frente a las olas del mar islámico, la playa obtenía finalmente la victoria. Nuevas vanguardias avanzaban hacia el sur y, cada año, las zonas consolidadas veían alejarse el peligro.

Así nació Castilla, áspera y guerrera, disciplinada y libre, adusta y llena de grandes esperanzas. Bajo el impacto de los modismos indígenas, el latín comenzó a desintegrarse para dar paso a un nuevo idioma, latino hasta la médula, pero más adecuado, en su acento de jotas y de haches, al rumor de las armas y de las espuelas. El caballo y el azor, como en la leyenda, fueron instrumentos significativos de las actividades ennoblecedoras, la guerra y la caza. Aquí se veía cuanto se lograba y la distribución entre nobles y villanos era debida tan sólo a la fortuna y al comportamiento. La sociedad fue libre y cuando alguna relación se establecía entre los hombres en razón de la tierra, era de beneficium de behetria, para garantizar la libertad. Castilla rechazó el Fuero Juzgo, derecho para una sociedad servil, y retrocedió a las viejas costumbres, las «fazañas». Hechos y no palabras hacen al hombre.

II

Generación tras generación, las líneas de avance se sucedieron. Alcanzaron Amaya, para resguardar el páramo de La Lora. A mediados del siglo IX ya La Bureba era tierra cristiana. Hacia el año 870 sus lanzas guarnecen la puerta de los vientos de Pancorbo. El rey, habitante en León de una Corte plagada de recuerdos romanos, tiene en su nombre, un gobernante: Rodrigo; por vez primera se dice de Castilla que es un condado. El hijo de este conde, Diego Rodríguez Porcelos, repoblador de Ubierna, centinela del río Arlanzón, pone los cimientos espirituales y políticos de la comunidad, llamando monjes al claustro de San Pedro de Cardeña y soldados a la gran fortaleza del río que será llamada, por antonomasia, Burgos. Unidas en el espíritu de la cristiandad combatiente, y en la

estructura abierta de una sociedad de relaciones simples, Castilla no era aún símbolo de una comunidad política. Tendía al dividirse en trozos: Alava, es decir, la llanura; Castrojeriz al oeste con la tierra de Burgos; Cerezo al este, vigilando el camino romano que asciende por Rioja. En medio, como un águila en la cumbre, la torre de Lara, donde nace el héroe.

La cuna y el sepulcro, de Lara a Covarrubias. Hay en medio, tal vez, sesenta años de actividad incansable. Pero es bueno que volvamos a la penumbra silenciosa de la celda de nuestro monje de Arlanza, estremecida, aun en el siglo XIII, por el recuerdo de los hechos acaecidos en sus inmediaciones. Rasga la pluma: «Entonces era Castilla un pequeño rincón. Era Montes de Oca de Castilla mojón; moros tenían a Carazo en aquesta sazón». Y el poema pierde su cuarto verso, como si el autor, pensativo en el aire, hubiera sido interrumpido por las nostalgias. Cuantas veces, cabalgando en el bosque, Fernán González, niño y caballero, habrá visto a lo lejos la línea de los montes de Carazo, tierra enemiga. La resolución de salvar esas cumbres, última barrera hacia el ancho Duero, es absolutamente lógica.

Pero, ¿quién es Fernán González? Nos dice fray Justo Pérez de Urbel, el moderno historiador, monje de Silos, que, por su madre, Muniadonna, era nieto del rey Alfonso III el Magno y que su padre, Gonzalo Fernández, fuera ya conde de Burgos y de toda Castilla. Es seguro que pasó su niñez en Lara y que en su juventud corrió al jabalí por los bosques que rodeaban a Covarrubias y bebió en fuentes religiosas de la vieja ermita de Quintanilla de las Viñas y del claustro de Arlanza que, por aquellos años, ejercía una especie de dirección espiritual sobre toda Castilla. Fortaleza enhiesta Lara era, no lo olvidemos, avanzada sobre la frontera. Luego fue a Burgos, la que sería su capital. Yo estoy dispuesto a imaginar las desgarraduras de su alma al contemplar a Castilla dividida entre tres, al menos, poderosos linajes: los Vela Jiménez, en Alava; los Ansúrez, entre el Arlanzón y el Ebro, y el suyo propio, que, desde Burgos, veía crecer perturbadoras amenazas en todos los puntos del horizonte.

III

Rehacer Castilla. Al filo de los veinte años de edad, que es en el siglo X el equivalente de la madurez, este es el objetivo

de Fernán González. Sabe que un pueblo no se forja sino con tres elementos decisivos: una fe religiosa comunitaria, que imponga a todos la meta; un sentimiento de libertad que haga deseable la unidad; un prestigio del jefe que ha de conducir a la victoria. La ocasión vino cuando Alfonso IV, rey de León, abdicó la corona en su hermano Ramiro II, el año 930. Fernán y Ramiro eran bien iguales: duros, astutos y valientes. Podían desconfiar el uno de otro pero, al mirarse con altivez, cara a cara, tuvieron que entenderse. Al fin de cuentas ambos perseguían el mismo objetivo: la grandeza de la cristiandad septentrional. Casaron con dos hermanas, Sancha y Urraca, hijas del rey de Navarra. Y cuando el orden viejo, atemorizado ante la idea de que el timón de la nave fuese a parar a manos tan enérgicas, resurgió en un movimiento de rebeldía, los dos cuñados, el conde y el rey, unieron sus esfuerzos para aplastarle. Se iniciaba con esto un tiempo nuevo. Y para señalar por dónde iba a soplar el viento, este mismo año, 931, Fernán González otorgaba a los moradores de Lara y su comarca un fuero, es decir, un estatuto de libertad.

Este amago de guerra civil, primer brote de querellas intestinas, permitió al conde unir en su mano, los dominios antes dispersos desde Amaya a la frontera de Rioja, desde Alava a los montes de Carazo. Bien o mal, el monarca leonés hubo de consentir en el engrandecimiento de su cuñado. Pero éste no entendía su poder como una simple área de gobierno: encrucijada en dos tierras, la Iberia seca y la Iberia húmeda, Castilla era el producto de los valientes campesinos que, arrasando los mayores peligros, habían conseguido asentarse en pequeñas propiedades. Era la libertad, y en nombre de ésta resucitaban viejas costumbres rudas como la venganza, el duelo judicial y la conjuración. Abiertas sus clases sociales, la posibilidad económica de sostener caballo y armas bastaba para que se ascendiese a la caballería.

Es la Castilla agresiva y valiente, que sale al exterior y afila sus espadas en la sangre musulmana. ¿Quién se atrevería a presentar como feudal rebelde al glorioso conde de estos diez años que van del fuero de Lara a la batalla de Simancas? He aquí que los castellanos remontan ya las cuestas de Carazo, dejan a un lado los muñones macilentos de la vetusta Clunia, y descienden al Duero para asentar en Osma, la Uxama romana, el primero de sus bastiones sobre el ancho río. El sueño

se ha cumplido y las añoranzas juveniles se han convertido en segura realidad. El Duero es la frontera. Los embates islámicos, los años 933 y 934, se estrellan contra el amplio castillo y, en los siguientes inviernos, los escudos y las lanzas de la gente cristiana, se asoman a la barrera natural de la corriente de agua que separa dos mundos, dos leyes, dos creencias. La leyenda del valor castellano empieza a formarse. Y no se trata de ningún aislamiento; las mesnadas del conde combaten a las órdenes de Ramiro II, codo a codo con otros enemigos del poder khalifal, leoneses, navarros y muladíes.

Castilla ha revelado la fuerza del dinamismo septentrional. Las autoridades musulmanas podían mostrarse frías o indiferentes mientras se trataba tan sólo de movimientos de colonos en la tierra de nadie. Pero este asomar castellano al gran recodo del Duero —el comienzo de la «extrema-dura»— ha hecho, sin duda, retroceder guarniciones; ha cerrado los caminos tradicionales de las razzias veraniegas; alimenta la rebelión de los Tuchibíes en el Ebro. Se pelea, tenazmente, todos los años. Pero el resultado favorable que espera la Media Luna, no llega. En el suntuoso palacio de Medinat al-Zahara, a la sombra de los naranjos de Córdoba, el gran khalifa Abd al-Rahman III espera, año tras año, noticias de victoria. Y los correos siempre anuncian lo mismo; se han corrido aldeas y quemado cosechas; tantos hombres idólatras han muerto; los monjes de Cardeña yacen atravesados por las espadas. Pero los engañosos partes de guerra no esconden la dura realidad. Castilla es una roca que mella las curvadas cimitarras al tiempo que de ellas hace saltar las chispas. En los sangrientos boquetes nuevos hombres se sitúan para cerrar el paso.

Aquel verano del 939 el gran khalifa cerró su libro de oraciones y decidió impulsar el golpe decisivo: la potencia militar cristiana tenía que ser definitivamente destruida. Un ejército inmenso salió de Córdoba. Los cronistas musulmanes, impresionados, exclamaron: «Esta es la campaña de la Omnipotencia». Bajo el sol ardiente del verano las largas filas de soldados descendieron desde Somosierra hacia el Duero y, en la mañana del 1 de agosto, contemplaron los muros de Simancas. Delante del puente, viejo puente romano en la calzada, estaba el rey Ramiro. Y tras él, reteniendo el freno de sus poderosos caballos, estaban las líneas de castellanos y de navarros, todos parientes, todos igualmente fieros. Fernán González, la reina

Toda y Asur Fernández, las mandaban. Los musulmanes no pudieron resistir el impulso y sus líneas se quebraron. Persiguiéndoles, los cristianos les causaron, en Alhandega, un nuevo desastre. Esta vez no necesitamos acudir a nuestros viejos amigos, los monjes castellanos, para percibir los ecos de la victoria. Es un cronista del emperador de Alemania, monje también, quien la anota cuidadosamente en sus anales. Castilla remontaba, como un águila, su fama legendaria. Apresuradamente, los campesinos castellanos cruzaron el Duero hacia el sur para repoblar Sepúlveda. Tras el trigo eran los pastos de verano lo que se proponían alcanzar.

IV

La unión hizo la fuerza. Los tres lustros siguientes presenciaron un franco retroceso de los musulmanes en toda la frontera. Hubo paz. Una paz hecha de frecuentes violaciones; pero en esta ocasión, la agresividad era castellana o leonesa. Ramiro II y Fernán González, se distanciaron. Cualquier observador superficial podía concluir —así se ha hecho en ocasiones— diciendo que la eliminación del peligro hizo aparecer las ansias de rebelión e independencia del conde castellano que fue, poco más o menos, un noble feudal al estilo de los que en Flandes, Bretaña o Normandía, trataban por entonces de asentar su poder. ¿Es correcta la interpretación? He ahí uno de los problemas más difíciles y sugestivos que pueden plantearse a un historiador medieval.

Castilla había crecido. No se trata de una simple expresión territorial —el avance sobre las tierras de entre Pisuegra y el Cea, la desbordante colonización de los valles segovianos— sino de una manera de entender la vida, libre y profunda. Como Lara en otro tiempo, Sepúlveda recibía un orden jurídico de libertad. En León, la vieja monarquía del aula de magnates y poderosos obispos, este crecimiento de un sistema social que a los villanos armaba caballeros, era un suceso inaudito e intolerable. Para corregirle, Ramiro II colocó frente a frente a Fernán González y al otro vencedor de Simancas, Asur Fernández. Empezaba la lucha entre los Ansúrez leonistas y los castellanos partidarios de la novedad. Todos castellanos, ciertamente, pero con ideas diametralmente opuestas acerca de lo que debería ser el orden

social. Tenemos pruebas de que Asur Fernández intentó penetrar en tierras de Sepúlveda para cerrar al conde de Lara el camino hacia el sur y también de que, frente a la guía espiritual de San Pedro de Arlanza quiso levantar la primacía de San Pedro de Cardeña. Castilla, en opinión de Ramiro II, debía dividirse en tres condados: Monzón, Burgos y Saldaña, tres mandaciones o provincias del reino. Fernán González, que no discutía la unidad leonesa, tampoco estaba dispuesto a tolerar la desmembración castellana. Fue depuesto y encerrado en prisión.

Cuenta la leyenda que su mujer, Sancha, acudió a visitarle en la mazmorra, trocó por la de hombre sus ropas femeninas y suplantó al marido. Cada leyenda encierra su fondo de verdad; en este caso, la presencia de la condesa, hija de Toda Arnáez, está revelando las presiones navarras. Fernán González volvió a Castilla, no en olor de triunfo popular, como quieren los poetas, sino humillado con promesas y juramentos. El condado de Monzón subsistió y, en adelante, los señores de Burgos consideraron las tierras de entre el Cea y Pisuerga como una especie de Castilla Irredenta. Una boda selló, como era costumbre, la reconciliación: Ordoño, hijo de Ramiro, casó con Urraca. Fue luego rey como Ordoño III. Y en su tiempo, en el año 955, Fernán González consiguió la segunda de sus formidables victorias: San Esteban de Gormaz. Parecían vueltos los viejos tiempos. Suegro del rey, el conde gobernaba la totalidad del conjunto, siempre a disgusto de los magnates gallegos. Pero algo flotaba en el aire, como un hálito de muerte, que presagiaba malos tiempos. El ardor juvenil de la dinámica conquistadora se había perdido y la unidad interior estaba rota. Ninguna casa dividida puede durar.

V

Es una historia triste como el pecado la que ahora hemos de contar. Murió Ordoño III el año 956 y le sucedió su hermano Sancho, protegido por su abuela Toda de Navarra. Era tan gordo que ni siquiera podía montar a caballo y tan mal político que, en el curso de muy pocas semanas, se había enajenado a todos los nobles, de todos los bandos. Y Fernán González cayó en esa tentación tan frecuente de los grandes políticos geniales: fabricar un rey. Sacó, no sabemos de dónde, un pobre con-

traecho, Ordoño, a que llamaron el Malo por su fealdad, de cuerpo y de alma, y le instaló como rey. Pero el sustituto había conseguido, cosa bien difícil, hacer bueno a su antecesor. Sancho paseó sus adiposidades de León a Pamplona y de Pamplona a Córdoba en donde un médico judío ben Shaprut, consiguió el milagro de hacerle adelgazar. Y volvió. Con él volvieron las huestes morenas del Islam, y León se convirtió en un protectorado del khalifa. El filo de sus sables y el oro de sus monedas dictaban la ley en una frontera que había sido desgarrada. Y por estos días, coincidiendo con la ascensión al trono de al-Hakam II, el general Gálíb anunciaba al emir de los creyentes que había concluido su gran recinto fortificado en la alta meseta de la antigua Ocilis. Nacía, pues, Medinaceli que, durante medio siglo, sembraría entre los cristianos un espeso terror. Y el conde Fernán González, de los vencedores, no estaba allí para impedirlo.

¡Qué terribles años! Los Ansúrez habían triunfado en toda regla: tenían la amistad de Navarra, el señorío nominal de Castilla y hasta la propia cámara real ya que Sancho, el esbelto por gracia de la medicina, había casado con una mujer del linaje. Pero Fernán González, aunque preso, estaba aun vivo y en aquel mundo de jóvenes irascibles y damas inexpertas parecía, con sus cincuenta años de edad, el espejo del equilibrio, del vigor y de la inteligencia. No había otro camino que devolverle la libertad. Pero cuando el héroe volvió a sus viejas tierras de Lara, de Burgos, de Carazo, era sin duda otro hombre: los fracasos y las amarguras le habían curado veleidades políticas y le habían devuelto, bien que en horas trágicas, a los sueños primeros. Defender el solar ya conquistado, cerrar brechas en el río Duero, apurar, hasta el fondo, las virtudes del alma castellana. El año 963 ya no se trataba de guiar colonos, plantar tiendas o espolear caballos: era cuestión de defender, torre a torre, aquella tierra ganada con tanto esfuerzo.

VI

En la larga singladura de esta vida, tan llena de acción, los últimos siete años, que median entre el final de su segundo cautiverio y su muerte, son los más fecundos, pues en ellos nació a la vida política independiente el condado de Castilla. Son

también los más oscuros. El monje poeta de San Pedro de Arlanza, trescientos años después de su muerte, sabía menos aún que nosotros. Son indudables dos cosas: que Fernán González no volvió a aparecer por la Corte leonesa y que los documentos expedidos a su nombre guardan cierto perfume oloroso de penitencia salmodial, como si, deber supremo del cristiano, preparase su alma para las ansias inmediatas de la muerte. Tengo para mí que el alejamiento de León no fue, entonces, cosa de rebeldía sino conciencia de que en la hora lúgubre, Castilla debía emplear todas sus fuerzas, sus garras y sus dientes de oso acorralado, para defender las fortalezas del Duero. En el año 963 los musulmanes habían tomado San Esteban y aunque no consiguieron retenerlo reconstruyeron en la inmediaciones el castillo de Gormaz que les proporcionaba una cabeza de puente sobre el río. Y aquel mismo verano Gálib se adueñaba de Atienza para garantizar las comunicaciones con Medinaceli.

Fernán González murió como había vivido, combatiendo sin tregua ni desmayo. Volvamos a San Pedro de Arlanza. Nuestro monje está concluyendo el poema: un sonoro, audible rumor de armas llena la estancia. Y respondiendo a él escribe entusiasmado: «quiso Dios al buen conde esta gracia facer, que moros ni cristianos no le podían vencer». Tiembla en el aire, junto a esta sentencia, la palabra simple sarcófago de Covarrubias que estremecía a fray Justo Pérez de Urbel, otro gran castellano: «murió». Pero esta presencia de la muerte que los últimos documentos indican ha sido una catarsis de siete años que decanta las esencias de su obra. Para meditar sobre ellas, os lo ruego, subid conmigo hasta Covarrubias. Allí está el sepulcro, humilde polvo de quien fuera un hombre grande, para ejemplo de generaciones.

* * *

Ya está el hombre en su tumba. El tiempo se ha cumplido. Es ahora, al final cuando podemos contemplar en conjunto su obra y comprenderla. Halló Fernán González una Castilla pequeña y dividida, pero conteniendo en su seno las dos fuerzas capaces de labrar la grandeza de un pueblo: la arraigada conciencia de singularidad, en idioma, en derecho, en costumbres, y el sentimiento de comunidad religiosa bebida en los orígenes

de una dedicación monástica. En un impulso breve, generoso y fecundo, el conde, en plena juventud, supo unir a Castilla y engrandecerla para que abarcase desde las fuentes del Ebro hasta el Duero, formulase en escritos jurídicos la costumbre oral y armase luego, al abrigo de sus murallas, el sistema defensivo para la cristiandad que anunciaba su propio nombre. Toda esta inmensa obra estaba concluída cuando el conde aún no había alcanzado, probablemente, la edad de treinta años.

En adelante Castilla tenía para la Historia de España, una doble e importantísima misión. Es preciso que, en estos días de agoreras nebruras para tantos valores tradicionales, una voz venga a Burgos para decirlo. Castilla defendía la cristiandad española amenazada por el Islam y la democracia verdadera, íntegra y razonable, que expresa llanamente el «vos» de su idioma y que hace sentirse igualmente orgulloso de integrarla, al campesino y al rey. Que esta era la libertad castellana, hecha de respetos recíprocos, de culto al honor y de negativa a soportar los agravios. Cuando el condado —quiero decir el orden de valores que sus habitantes representaban— se vio combatido, Fernán González salió en su defensa, e irrazonable, volvió con la victoria y, en ocasiones, con la lanza rota en las aspas de un gigante que se transformaba en molino, para identificarse con el último de sus inmaginarios descendientes, el Hidalgo de la Mancha. Y los historiadores, sesudos, mesurados, razonables, que ignoran lo que pesa una espada, pueden seguir discutiendo durante siglos si aquello fue locura o sensatez.

En la medida en que las adversidades y los padecimientos templaban su ánimo, iba creciendo en Fernán González una profunda religiosidad. Castilla, brazo armado contra la Media Luna, completaba su imagen con esta entrega a Dios. Los últimos años presencian las donaciones más apresuradas y también las más humildes. ¡Qué profunda humildad la que reflejan los preámbulos de los documentos! Son como las etapas de una oración, cada vez más solitaria en la misma medida en que Castilla se encuentra, ella también, sola en la brecha. Tal fue la grandeza y el peso de la herencia del conte a quien un poeta llamara héroe y un anónimo monje cronista, siervo de Dios. Castilla era la roca destinada a durar porque las tres dimensiones de su alma, la libertad social, el vigor guerrero, la serenidad religiosa iban a demostrarse inexpugnables.

Pasaron los años. Una tremenda tempestad se desató so-

bre las tierras cristianas. Almanzor puso a fuego y a sangre todas las capitales, Santiago y León, Pamplona y Barcelona. De Zamora, treinta años después de la muerte de Fernán González, quedaban apenas los cimientos. De Simancas, tan sólo el recuerdo. Pero Burgos no sucumbió porque el hijo y el nieto del conde, los hijos y los nietos de los repobladores de Osma, mantuvieron la línea. Y Almanzor moriría, en el camino de Burgos a Medinaceli recubierto por el polvo sagrado de una tierra que había aprendido la suprema lección de los pueblos: vivir de pie.

Luis SUAREZ FERNANDEZ